

oscurísima; pero con una sola mirada al traves de los vidrios, creí ver una de las cabañas que se hallaban cerca de la carretera de París.

—¿Y luego?

—Mi vuelta en sí, les sobresaltó mucho, porque abrieron mi boca con fuerza y en ella dejaron caer unas gotas que me ví obligada á tragar, sintiendo el mismo sabor particular que habia experimentado pocas horas antes, al tomar el té.

Entonces no sé ya lo que fué de mí.

Doña Regina llevó su pañuelo á los ojos, sollozando dolorosamente.

Fernando, pálido por la emocion y el respeto que le inspiraba aquella muger tan virtuosa y tan desgraciada, no se atreveia á interrumpir su dolor.

A lo lejos sonaban los dulces acentos de la música y el eco alegre de los convidados.

Pero si Fernando hubiera tenido cabeza para ello, habria observado en el otro corredor, frente al que se hallaba con Doña Regina, á un hombre que no perdía uno solo de sus movimientos.

Era Don Juan.

CAPITULO XVIII.

La realidad.

Al cabo de un momento Doña Regina levantó la cabeza, enjugó sus lágrimas y continuó.

—No sé cuánto tiempo permanecí dormida en el carruaje. Cuando volví en mí me encontré

acostada en un suntuoso lecho de una suntuosa habitacion.

A mi lado habia un hombre que me acariciaba.

Al ver su rostro pálido y su fatal sonrisa, dí un grito y me desmayé.

—¿Ese hombre?

—Ese hombre, era mi perseguidor antiguo, el que me habia aconsejado huir con él y que se habia valido de un poderoso narcótico, vertido en mi bebida por la miserable muger á quien mis padres habian recibido, para arrancarme del hogar doméstico, asilo sagrado para mí y para arrancarme la honra mientras dormia.

Porque bien comprenderás que estaba deshonorada, Fernando.

—Sí, lo comprendo, Regina.

—¿Y me perdonas?

—¿Puedo dejar de perdonarte, inocente y desdichada muger, una falta que no has cometido? exclamó el jóven con ese acento de compasion que inspira una profunda é irreparable desgracia.

Doña Regina continuó.

—Ni ruegos, ni promesas, ni amenazas, que fueron las armas de que se valió aquel miserable, consiguieron que yo le cediera de grado, lo que él sin embargo me arrancaba á la fuerza, débil muger espuesta á sus brutales deseos, sin ningun auxilio en aquel su palacio de París, habitado por criados tan malos y tan infames como él.

Un dia que penetró en mi aposento, donde sola devoraba llorando mi dolor, me dijo:

—Mira, Regina, estás perdida completamente y no tienes ninguna prueba contra mí, que soy tan poderoso que te puedo perder adonde quiera que

intentes dirigirte para acusarme. Nadie, ni tus mismos padres te creerán y ellos no volverán á admitirte á su lado, con ese hijo que ya llevas en el seno. Dos partidos tienes que seguir; si accedes á mis deseos, tu hijo será rodeado de esquisitos cuidados y á tí no te faltará una honesta casa en que vivir y dinero suficiente que gastar; pero de lo contrario tendrás que mendigar un pan que te arrojarán á la cara con desprecio, y todo el mundo conocerá tu afrenta.

—¡Infame! le respondí sin vacilar un momento, antes morir que ser vuestra de grado.

—¡Oh! bien, mi Regina.

—Un día por fin logré burlar su vigilancia y escaparme de su palacio; pero ¡ay de mí! ¡qué diferente juicio habia formado en mi inocencia del mundo! el primer hombre á quien me dirigí para preguntarle la habitacion del intendente de policía me dirigió torpes galanterías, éste á quien espuse mi situacion apenas me hizo caso, creyéndome una de tantas jóvenes perdidas que vienen á París á prostituirse, y yo que temia volver á mi aldea, porque aunque hubiese podido llegar, débil y enferma como estaba, me hubiera muerto de vergüenza al hallarme delante de mis padres, tuve que mendigar durante algunos dias en las calles, espuesta á todos los insultos que mi hermosura me causaba; por fin agobiada por el hambre y la desesperacion conociendo que muy pronto iba á ser madre y que mi pobre hijo se moriria por falta de recursos.

—¡Qué hicistes, desdichada?

—Volví al palacio de mi infame seductor, mur-

muró Doña Regina cubriendo su rostro con sus manos con espresion de profundo dolor.

—¡Y despues, Regina?

—Despues he tenido yo, pobre víctima, para evitar caer en mas terrible prostitucion, que seguir los antojos de ese hombre caprichoso que despues de haber pasado conmigo á España me ha traído consigo á América, haciéndome pasar por su hermana, rodeándome de un lujo verdaderamente regio que aborrezco y destrozando mi corazon con el recuerdo de mi terrible afrenta y de mis padres.

—¡Miserable! ¡luego ese hombre era?

—Era Don Juan, el hombre que me acompaña y á quien antes de venir al baile he hecho creer que tenia que hablar con un jóven que eres tú, para amenazarlo con contarle el amor con que hace algunos dias me perseguia.

—En la frente de Fernando se pintó una resolucion muda y firme.

Doña Regina con su mirada de relámpago lo notó y una sonrisa siniestra de satisfaccion interior, erró por sus hermosos labios afeándolos notablemente.

Al cabo de un rato de silencio, dijo ésta con una tristísima amargura:

—Hé aquí la historia de mi lujo y de mi esplendor, hé aquí mi presente en apariencia tan feliz, comprado con el oprobio de mi pasado y el recuerdo eterno de mi deshonra. Tú, Fernando, que me has dicho que me amabas, comprenderás toda la profundísima amargura de mi vida pasada al lado de ese hombre que aborrezco y que me esclaviza.

—¡Y tu hijo? preguntó Fernando.

—Nació muerto, los pesares que me habian he-

rido cuando le llevaba en mi seno, envenenaron y secaron en flor su débil existencia, se apresuró á responder violentamente Doña Regina.

—¡Oh! cuanto has sufrido por causa de ese miserable; pero no volverás á sufrir mas ó moriré, te lo juro, mi adorada, exclamó Fernando con exaltacion.

Doña Regina pareció no escucharle y aparentando sumergirse en una profunda absorcion, murmuró, dando á su rostro y á su aspecto todo un aire de candor y de pasion que la hacia mil veces mas hermosa.

—¡Oh! cuan feliz, seria en una cabaña, á tu lado mi Fernando, pudiendo entregarme á todo el encanto de tu amor.

Pero despues como volviendo de un sueño alhagador para luchar con la realidad, se puso de pié y fingiendo componer su rostro y borrar de su ojos las huellas de sus lágrimas, dijo con reconcentrada espresion de amargura.

—Mas no; eso es imposible, por el contrario, dame tu brazo para que volvamos al salon, porque puedo ser estrañada por los concurrentes y mi ausencia puede irritar á mi seductor.

Fernando le ofreció el brazo silenciosamente.

—Sí, continuó la cortesana, llévame al mundo para volver á sonreír y aparentar felicidad: tu mismo sácame del dulce éxtasis en que me perdía.

Al extremo del corredor, cerca del salon un hombre ofreció impoliticamente el brazo á Doña Regina para introducirla.

Era Don Juan.

Fernando dejó sin alterarse á su compañera, co-

mo si la firmeza de su resolucion hubiera calmado su enojo.

Despues penetró en el salon, le buscó durante algun tiempo con la vista, se acercó á él y murmuró á su oido algunas palabras.

Doña Regina, desde su asiento no habia perdido uno solo de los movimientos del jóven y al verle hablar con Don Juan una sonrisa infernal se dibujó en su labios y murmuró al son de la alegre música, que era tan natural que en una jóven solo despertase dulces pensamientos de amor, estas sinietras palabras.

—El pez ha mordido el anzuelo, el pájaro ha caído en el garlito.

Pobre loco de veinte años, en este momento me estás creyendo una santita y te dejarias morir por mi virtud.

Vas á buscar un pretesto cualquiera para matar á ese hombre, á quien crees mi infame seductor.

La victoria está de tu parte, porque eres mas fuerte y mas valiente que él.

Vas á librarme de una carga que me es insoporable, de la de ese hombre celoso que quiere constituirse en mi perpetuo amante y que me hostiga y me amenaza y me echa en cara el crimen que por mi posesion ha cometido y como se encuentra arruinado quiere vivir á mis espensas.

¡Ah! mi señor Don Juan, ya veis como no se emplea tan mal el tiempo y que algo se hace por vos.

Llevais indudablemente la peor parte en este negocio, eso sí y procurareis hacer alguna traicion á ese jóven; pero yo que conozco vuestras artimañas, perded cuidado que velaré por él: no porque le

ame en lo más mínimo, ya vereis, ó que digo, tal vez no podreis ya ver como le trato despues que me haya servido de él, en vuestro perjuicio; pero siempre se debe tener dispuesta la pistola que envia la bala ó el puñal que se hunde en el pecho.

No se como os compongais con este fanático que os he enviado.

Y formulado este terrible pensamiento, la cortesana se confundió en el torbellino de parejas, bailando con un grande que le habia ofrecido su mano.

Fernando habia dicho á Don Juan.

—Tengo que hablar á vd. una palabra, caballero.

Y los dos habian salido del salon.

Una vez en el corredor lejano en que pocos momentos antes acababa el jóven de escuchar la terrible revelacion de su idolatrada Doña Regina, los dos se detuvieron.

Fernando, pálido como la muerte y acentuada su voz por un resolucion invariable y sombría dijo al cabo de un momento.

—He llamado á vd. porque tenia que decirle una cosa que acaso lo avergonzaria con una vergüenza criminal, si fuese asunto de que se pudiera hablar en público.

—Y yo, esperando ya este llamamiento, no me he sorprendido de él, dijo Don Juan con acento irónico.

—¿Lo esperaba vd. acaso?

—No he perdido ninguno de sus movimientos desde que salió vd del salon, en compañía de Doña Regina.

—¡Miserable! no se cómo puedo escuchar á vd. á sangre fria, hablar de esa inocente y desdichada muger víctima de su infame seducccion.

—¡Ah! ¡conqué segun eso, en esa comedia que he presenciado y en la que he visto, sollozos, manos enclavijadas, muestras de sorpresa, de ira, de terror, et cetera, era una comedia en que Regina hacia el papel de víctima, yo el de verdugo que no sale á la escena, vd. el de amante vengador, dijo Don Juan riéndose con una espantosa y sangrienta ironía.

Esta vez, á tanta audacia, en medio del recuerdo del ultraje hecho á la infeliz muger que amaba, la exaltacion de Fernando llegó á su colmo y palido por la ira, arrojó á la cara de Don Juan el guante, que hacia rato tenia en la mano, exclamando:

—¡Miserable!

Don Juan se estremeció como si hubiese sentido en su rostro el contacto de un hierro candente: pero hubo de temer el terrible enojo del jóven, porque no volvió á hacer un movimiento.

Estaba mas pálido que un difunto y sus ojos despedian un brillo fosfórico siniestro.

Al cabo de un momemento, dijo con sorda voz.

—¡Está bien! nos batiremos, como vd. lo desea seguramente.

—No creo que debemos arreglarnos de otra manera.

—Pero antes sepa vd. que todo lo que esta noche acaba de escuchar de la boca de esa muger.

—Silencio y mas respeto al hablar de ese pobre ángel.

—Que todo lo que acaba de escuchar de la boca

de esa muger, prosiguió Don Juan sin hacer caso de la exaltacion de Fernando, es una fábula inventada para armar su brazo contra mí.

Era tan profunda la seguridad con que el caballero hablaba, habia en medio de su silenciosa cólera tal acento de verdad, que Fernando no pudo menos de vacilar por un momento, sintiendo pasar por su imaginacion un rayo de luz vago.

Sin embargo, preguntó con acento de duda.

—¿Es cierto lo que acaba vd. de decirme?

Pero arrepitiéndose de esta duda, continuó.

—¡Infame! quiere vd. añadir aún un crimen al demasiado horrible que ya pesa sobre su conciencia, la calumnia.

—¿Y si yo diera á vd. pruebas de que es cierto cuanto he dicho, que yo, antiguo amante de esa muger, ligado con ella por lazos terribles de sangre, la he llegado á ser un obstáculo para sus placeres, para su desenfrenada lujuria, para sus crímenes de amor, los cuales impido porque reclamo para mi una deuda espantosa que ha dos años ella ha contraído? exclamó Don Juan con profunda conviccion.

—¿Pero cuáles podrian ser esas pruebas?

—Imbecil jóven ¿no le basta á vd. el modo, con que le ha sido hecha esa mentirosa revelacion? ¿una muger honrada sostiene acaso ese lujo regio, una muger que ama verdaderamente sacrifica colocando en un peligro á su amante? Vuelva vd. al salon y la verá radiante de felicidad, acariciada por una infernal alegría, porque cree que con haber contado á vd. fanático, algunas torpes mentiras, ya ha armado su brazo contra mí: pero ha comprendido mal mi natural, porque un hombre como yo

aún en su caída puede aplastar á los insectos que le rodean.

—¡Basta de insultos! de cualquier modo que sea nosotros debemos batirnos.

—Sí, nos batiremos, ¿cree vd. que olvido yo tan pronto un ultraje de la especie del que acabo de recibir de su mano? dijo Don Juan con un acento tan profundo de odio y oculta venganza, que habria hecho estremecer á cualquiera otro que al valeroso jóven.

—¿No comprende vd., necio, ciego, continuó implacable Don Juan, que yo, antiguo amante de esa infernal muger, testigo de sus extravíos y sus crímenes, eterno reclamador de caricias que me pertenecen, porque han sido compradas con sangre; soy para ella un obstáculo poderoso que la impide compartir el lecho con los jóvenes inespertos y hermosos como vd. á quienes devora?

—¡Basta! ¡basta!

—¿Cree vd. que ignoro todo lo que ha pasado? y ¿por qué habria de negar la especie de relaciones que me ligan con esa muger?

—¿Pero cómo?

—Ha seis meses, que yo ó mis agentes seguimos sus pasos de vd. primero ha visto á Regina en el paseo, despues la ha seguido en los teatros, en la corte, ha hecho llegar mil perfumados billetes á sus manos, consiguiendo en cambio de ellos, primero miradas, despues sonrisas, luego pequeñas concesiones y por último algunas citas en horas en que se me creia ausente. ¿Cuántas veces mientras vd. loco de amor rondaba suspirando la calle de su adorada, yo le seguia con la vista desde los balcones de su casa!

—¡Oh, Dios mío! exclamó Fernando viendo destruido por aquel hombre inflexible, el edificio de ilusiones que durante seis meses había estado levantando.

Don Juan continuó:

—Si fuese cierto lo que esa muger acaba de decir, ¿no se imagina vd. que lo primero que habría hecho para alejarle de ella sería disipar una á una todas sus ilusiones, simplemente refiriéndole lo que pasaba, diciéndole que yo por fuerza era el poseedor de Doña Regina?

—¿No cree vd., que habría sido el mejor medio?

—Ciertamente caballero.

—¿Pero qué me importaba que Regina concediese á vd. burlándose, miradas ó suspiros, cuando yo tenía de esa muger, no un corazón que para nada necesitaba sino una hermosura que dá fiebre al que la goza.

—¡Oh! era muy hermosa para dejar de amarla.

—Mire vd., puedo darle aún una última prueba de mi indiferencia acerca de su espiritual amor.

Mañana parto á Veracruz por intereses pecuniaros, debo permanecer ausente quince días: Dejo á vd. campo libre á su pasión, por ese tiempo, si es que aun anhela....

—¡Cobarde! después de haber arrancado mis dulces ilusiones; se vá vd. sin pedirme cuenta del insulto que le ha hecho, exclamó Fernando con espantosa desesperación.

—¡Oh! no ha de pasar mucho tiempo sin que tenga vd. que arrepentirse de ello muy de veras, murmuró Don Juan alejándose.

Fernando se dejó caer en el mismo sofá en que

pocos momentos antes había escuchado la falsa revelación de Doña Regina.

Un rayo de luz siniestra, fueron las palabras de Don Juan, rayo de luz de desengaño que alumbró las dulces tinieblas de su ilusión, haciéndole ver el horrible abismo á cuyo borde se encontraba y en el que había estado á punto de precipitarse.

Lo que pasó entonces en su corazón es imposible de decir.

Pero el que alguna vez en la vida haya visto desvanecerse en un momento la ilusión que había creído tan santa, que había embalsamado su corazón con un perfume alhagador, para ver presentarse ante sus llorosos ojos la imagen horrible, descarnada y fría de una amarga realidad; comprenderá su inmenso dolor.

En un momento había pasado del cielo de la ilusión al infierno del desengaño.

Hubo otro torcedor que rasgó dolorosamente su alma.

El remordimiento.

Porque eso sucede siempre. La felicidad nos deja en una dulce ignorancia; pero la desdicha es la horrible luz que nos deja ver todo el abismo de crímenes ó recuerdos de nuestro pasado.

La desdicha muchas veces nos hace buenos.

Porque desgraciados nos volvemos á nosotros mismos y para aplacar la cólera divina que parece suspendida sobre nosotros, procuramos enmendarnos de faltas presentes, ó justificar con nuestro porvenir los desvíos de nuestro pasado.

Fernando se acordó entonces de Clemencia y la comparó con Doña Regina.

Vió á la tina inocente, pura, llorando y esperando durante su ausencia.

Vió á la otra impura y sangrienta cortesana, haciéndole ciego instrumento de infames venganzas.

El eco de un recuerdo le hizo escuchar los sollozos de la una, blanca alma de blanca niña, sin mas crimen que el de haberle amado demasiado, mas de lo que merecia él tan ingrato que antes de dos años la habia entregado al olvido mas negro y mas profundo.

El eco de la música del salon, que hasta sus oídos llegaba, como una espantosa y sangrienta ironía, le hizo ver á la otra, revelándole misterios horribles y ensangrentando con sus palabras aquella fiesta en que la llamaban reina, en que era blanco de todas las miradas lúbricas, aquella muger que se habia adelantado en el camino de su vida para ocultar á sus ojos á Clemencia, el ídolo hermoso un dia de su corazon.

Sintió un dolor punzante por su desengaño.

Sintió una ansiedad infinita por su remordimiento.

Pero de un desengaño brota otra esperanza.

Pero de un remordimiento, brota la flor de la virtud.

Y una esperanza es el porvenir.

Y la virtud es la felicidad.

CAPITULO XIX.

Arrepentimiento.

Fernando salió de aquel lugar como atontado y sin saber lo que por él pasaba.

Anduvo algun tiempo por las calles sin reconocer sitio, absorvido en sus pensamientos, mirando su desengaño, sufriendo con sus remordimientos.

Amanecía y el aspecto de la gente honrada que despues de dormir con un sueño tranquilo volvia alegre á sus tareas, hicieron una mas profunda impresion en su ánimo y comenzaron á sacarle de aquel estado horrible, en que hacia algunas horas se hallaba.

Se estremeció como si al haberse visto rodeado por el mundo material, desgraciado y criminal hubiese tomado una resolucion en cuya ejecucion, podria tal vez encontrarse la felicidad y la virtud.

Se dirigió lentamente á su habitacion en la calle del *Indio Triste*.

En la calle del *Amor de Dios*, se sentó en un guardacanton para limpiar el sudor que inundaba su frente.

Despues la campana de la iglesia de Santa Inés, que llamaba la primera misa, despertó en su alma un sentimiento de religion adormecido.

Hacia seis meses que por seguir á Doña Regina, habia olvidado todas sus costumbres de niño.

Penetró en la iglesia, con el corazon prensado y los ojos llorosos, buscó el rincon mas apartado y allí oyó la misa que diez ó doce pobres mugeres oían.